

*Sanar
el corazón*

Romina Demicheli

HISTORIAS
DE PASIÓN 

Santa Rosa de Calamuchita
Junio, 2015

Rafael contemplaba absorto el paisaje desolado de Santa Rosa, la ciudad donde había nacido. Estaba de pie frente a la ventana de la casa de su padre. El funeral había sido sencillo y poco concurrido, solo algunos vecinos y conocidos del pueblo. Muchos lo habían mirado desde lejos sin atreverse siquiera a acercarse para darle el pésame o una simple palmada en la espalda. Lo cierto era que ese día, tantos años después de haberse marchado, Rafael caía en la cuenta de que la gente apenas lo conocía y él casi no recordaba a los vecinos y pacientes más allegados a su padre.

Miró el sobre que había dejado sobre la mesa del comedor. Contenía dos cartas, una de su amigo Fernando y otra de su padre. Había leído las dos cientos de veces, de mil maneras diferentes, pero no terminaba de entender. No podía creer lo que su padre le pedía. El doctor Luis Heredia le había entregado una carta a su mejor amigo para que se la hiciera llegar a Buenos Aires. Fernando se la envió en un sobre, junto con una carta propia donde explicaba con exceso de detalles la angustia que había sufrido su padre cuando se descompuso y tuvo que pasar varios días internado, conectado a una máquina que medía los latidos de su corazón, lamentándose porque no sabía si saldría de allí para tener una última oportunidad de hablar con su hijo.

Fernando había visitado a diario al doctor Heredia y le prometió que iba a llamar a su hijo para que viajara cuanto antes a Santa Rosa. Pero Rafael no había creído que el asunto fuera tan grave y, en cierta medida, aún permanecía encerrado en su orgullo, de manera que adujo que tenía algunos compromisos con varios clientes y que le resultaba imposible alejarse de Buenos Aires. Seis días después recibió un nuevo llamado de su amigo para comunicarle el fallecimiento de su padre. Le dijo que aguardarían hasta que él llegara al pueblo para el entierro y que no se preocupara por los trámites. Él mismo se encargaría. Ya sabía Fernando que Rafael, que había estado tan alejado de su familia, no querría ocuparse de ese asunto.

Con un suspiro, Rafael se apoyó en el vidrio de la ventana y su mirada se perdió en el paisaje bordeado de bosques con las altas montañas a lo lejos. La casa de su padre estaba en el pueblo, pero desde allí tenía una vista privilegiada de los bosques que rodeaban las casitas de madera de la región, donde solía jugar cuando era niño. Desde lejos apenas se podía divisar algo de las sierras y los picos nevados de las montañas cordobesas.

Su padre no había querido abandonar la ciudad cuando se lo había pedido, pero nunca entendió por qué, y ahora estaba muy claro. Había otra mujer en su vida, no lo decía con esas palabras en la carta, pero tenía que tratarse de eso. ¿Por qué, si no, iba a dejarle la casa familiar a una tal Aitana Medina y su nieta, la casa donde él había nacido y vivido hasta que fue lo suficientemente mayor para tomar la decisión de marcharse? ¿Quién era Aitana Medina? ¿Por qué su padre tenía que hacerse cargo de ella y de su nieta? “Son muy pobres, hijo, han sufrido mucho, y yo me dediqué a cuidarlas. Es todo lo que te pido, que te asegures de que acepten lo que les ofrezco y que veas que están bien antes de marcharte nuevamente a la ciudad”, le había escrito. Rafael suspiró, su padre sabía que él vendría al entierro pero que no se quedaría mucho tiempo.

Muchas veces, después de marcharse de allí para ir a la universidad, le había sugerido mudarse con él y abrir un consultorio más grande en Buenos Aires, o quizás trabajar en una clínica, pero Luis le decía que siempre había pertenecido al valle, que sus pacientes lo necesitaban y que a su edad lo que menos quería era un trabajo rutinario en una clínica privada. Ahora sabía qué era lo que lo retenía allí. Apretó con fuerza el puño y miró las montañas lejanas. Antes de irse tenía que averiguar qué había detrás de aquellas mujeres que su padre había dejado a su cargo.

Desde su última visita, Rafael era muy consciente de las miradas desconfiadas que le dirigían los vecinos. Pocos lo conocían; algunos lo recordaban como un niño tímido y retraído que vivía sumergido en un libro. Pero ahora lo veían convertido en un hombre de treinta y ocho años, hecho y derecho, bastante rígido y casi frío, que se relacionaba muy poco con la gente de Santa Rosa.

Rafael se llevó una mano al bolsillo del pantalón cuando sintió vibrar el celular. Miró el nombre que aparecía en la pantalla. Era Fernando. Su amigo había estado en el cementerio. Apenas cruzaron un par de palabras antes de que Rafael saliera casi corriendo de allí, obedeciendo al impulso de escaparse a la primera oportunidad para la casa de su padre.

Ignoró la llamada y dejó caer el teléfono sobre la mesa. No quería hablar con nadie, no quería ver a nadie, solo había regresado para despedir a su padre y llevarse algunas cosas. Pero ahora tenía un encargo y había que cumplirlo, aunque solo fuera por la memoria de su padre. Iría a ver a las mujeres de las que hablaba, preguntaría en el pueblo sobre ellas, luego dejaría todo en manos del abogado que se hacía cargo del testamento y, apenas le dieran el visto bueno, pondría en venta el consultorio y las pertenencias de su padre que no quería conservar. Después se marcharía de aquel lugar para siempre, porque ya no había nada que uniera su vida a la de ese pueblo alejado de la mano de Dios.

No tenía malos recuerdos del valle. Los mejores tenían que ver con su madre y su infancia. Sus años en Santa Rosa habían sido serenos. No había nada descollante en esa época de su vida y pretendía que todo siguiera así. Su lugar era Buenos Aires, ya nada lo ataba al valle de la niñez. Era abogado, se había especializado en derecho penal y trabajaba en Tribunales y en un bufete con dos socios que había conocido en la facultad. Era un hombre práctico y cerebral, muy poco afecto a los sentimentalismos. De hecho, acababa de romper con su novia. Sin rencor y sin dolor. Solo quería seguir adelante y ocuparse de su carrera y su trabajo.

Habían pasado casi cuatro meses desde que Lucía decidiera terminar la relación. Rafael a veces pensaba en ella. Se conocieron cuando ambos estudiaban. Ella trabajaba como profesora de inglés en diferentes colegios primarios y secundarios. Después de tres años de relación, habían empezado a pensar en mudarse juntos. Eran jóvenes, el casamiento no entraba en sus planes, era demasiado pronto para pensar en tener hijos y querían ver un poco más del mundo antes de asentarse. Por eso decidieron que primero probarían con la convivencia, pero ni siquiera a eso llegaron. Enseguida surgieron diferencias, roces, distancias, algunas discusiones que cada vez se hacían más frecuentes, los reproches, hasta que ella le puso el punto final a una relación que le daba más problemas que satisfacciones.

A Rafael le pesaba mucho el alejamiento de su padre, pero no decía nada. Lucía no había llegado a conocer a don Luis, así como tampoco había viajado ni una vez al pueblo que había visto nacer a su novio, por lo que siempre sintió una falta en la relación. Nunca llegó a conocer del todo al hombre con quien creía que pasaría el resto de su vida, nunca pudo descubrir qué se escondía tras ese velo de misterio y tristeza que siempre parecía ondear alrededor de Rafael.

Después de la separación, él pasó varios meses sin ver a nadie, sin salir más que para trabajar, hundido en una especie de depresión, que

solo parecía atenuarse cuando se dedicaba a trabajar, cosa que hacía con profesionalismo y entrega absoluta. Era el tipo de persona que siempre estaba disponible cuando se lo requería.

La noticia del fallecimiento de su padre encontró a Rafael en esa situación, decidido a salir adelante, pero sin fuerzas para lograrlo. Tenía mucho en qué pensar, mucho por hacer antes de viajar, por lo que no se detuvo ni un momento a reflexionar acerca de su relación con Lucía.

Ahora, allí, en la casa donde había nacido, de pie junto a la ventana, mirando distraído el campo, pensó solo por un momento que le habría gustado que Lucía estuviera con él, pero aquel deseo se disipó de su mente tan rápido como se movieron las nubes en el cielo de aquella tarde gris.

Abigail llegó a la tienda con la tormenta casi pisándole los talones. Cuando salió del cementerio, descubrió a lo lejos un grupo de nubes negras que se acercaban. Su abuela le había enseñado todo acerca de las tormentas y podía adivinar que se venía una muy fuerte. No quería que la agarrara en el cementerio, fuera de la ciudad, cuando no había quedado nadie conocido que se ofreciera a llevarla de regreso.

Su abuela Aitana era una mujer muy sabia. Aunque no había recibido una educación formal, sabía leer y escribir y hacer cuentas. Eso le permitió manejar su tienda de antigüedades con mucha destreza. Pero también sabía otras cosas, de esas que se aprenden en la escuela de la vida. Sabía escuchar, dar consejos y le transmitía su experiencia a Abigail para que no desviara su camino como lo había hecho Abril.

Abigail llevaba un vestido negro de mangas largas y un chal, negro también, sobre los hombros. Como tenía el cabello de un castaño rojizo demasiado llamativo, se lo había recogido en una cola de caballo y lo cubrió con el chal todo el tiempo que duró el responso. No le gustaba llamar la atención, nunca le había gustado el color de su cabello, tan parecido al de su madre, y no le gustaba principalmente por eso; no quería que la gente del pueblo viera a su madre cuando la miraban a ella.

Apenas se enteró del fallecimiento del doctor Heredia, cerró la tienda por duelo. Sentía que era lo menos que podía hacer por ese

hombre que había atendido a su abuela de forma tan desinteresada. Entró por allí, pero no se detuvo en la tienda; cruzó el patio del fondo con prisa para llegar hasta la casita donde vivía con su abuela. Aitana estaba enferma. No habría podido soportar la misa del párroco ni el entierro, por lo que Abigail sabía que, apenas la viera, le pediría que le contara todo lo sucedido y quiénes habían ido.

—¡Abuela! —la llamó, apenas cruzó el umbral de la puerta—. Acá estoy.

—Abi, querida, vení —se escuchó la voz de la anciana desde el dormitorio, seguida por una fuerte tos—. ¿Te mojaste? ¿Ya empezó a llover?

Abigail dejó el chal sobre una de las sillas del comedor junto con la cartera y fue donde su abuela.

—Hola, abuela. No, todavía no llueve. Llegué justo. Se viene una tormenta bien fea, parece —le contó, acercándose para darle un beso en la frente—. El entierro no duró mucho, no había mucha gente y nadie habló. Solo el padre Fausto.

—¿No estaba el hijo del doctor? —preguntó la mujer, volviendo a toser, esta vez con más fuerza—. Rafael debería haber venido...

Abigail se acercó a ella y la sostuvo, pues el esfuerzo de toser casi la hizo caer de la cama.

—Rafael estaba en el cementerio, muy callado, alejado de todos... Creo que apenas habló con Fernando —respondió Abigail, sentándose en la cama junto a su abuela.

—Debe sentirse muy mal con lo de su padre, no haber podido despedirse... Al doctor le dolía que estuviera tan lejos.

Abigail se encogió de hombros. Había visto a Rafael muy pocas veces en el valle y solo de vista. No lo conocía, no creía que alguna vez hubiera hablado con ella o que la hubiera saludado siquiera, pero tampoco le importaba. Sabía por Fernando que era abogado y que tenía un estudio o algo así en Buenos Aires, pero no le interesaba saber más.

—Santa Rosa no está tan lejos de Buenos Aires —observó—. Si hubiera querido, habría venido a ver a su padre hace mucho.

—Siempre fueron los dos muy tercos, orgullosos. La muerte de Amanda los distanció mucho —dijo Aitana, mientras se recostaba con suavidad de nuevo en la cama—. Amanda era una gran mujer, amaba profundamente al doctor y Rafael era todo para ellos, su único hijo. Pero él solo quería que Rafael siguiera sus pasos.

—Estaba muy serio, creo que no quería tener contacto con nadie. Miraba todo con frialdad. Se veía algo altanero —señaló Abigail.

—Siempre fue orgulloso —recordó Aitana—. Lo recuerdo cuando era niño, siempre metido entre los libros, estudiando. Hablaba de marcharse del pueblo, llegar lejos... No sé adónde quería llegar realmente, cuando parecía que ni siquiera sabía dónde estaba parado. Siempre vivió de ilusiones y al contrario que él, su padre era más práctico.

—Por eso no se llevaban bien, me imagino —observó Abigail, mientras se miraba en el espejo para cepillarse el cabello y arreglar un poco su peinado, tan maltratado por la humedad del exterior—. Aunque un abogado y un médico no deberían ser muy diferentes —agregó, encogiéndose de hombros.

Aitana suspiró, moviendo la cabeza.

—No sé. Espero que el tiempo y la distancia lo hayan hecho cambiar. Por vivir de ilusiones, se perdió los últimos años de su padre, que fue un hombre tan bueno, demasiado bueno y no merecía el rechazo de su propio hijo.

Abigail miró a su abuela. Había quedado muy afectada después de la noticia de la muerte del doctor y la muchacha se preocupaba por ella. A su edad, con una salud tan frágil y sus problemas respiratorios, no quería que se descompensara. Aún no sabía qué debía hacer. Afortunadamente, Aitana llevaba semanas sin enfermarse, pero el fallecimiento de Luis Heredia había sido muy repentino y era urgente encontrar otro doctor. Sabía que nunca daría con otro

tan atento y desinteresado como él, que había sido el médico del pueblo desde antes de que ella misma naciera.

Fernando se había ofrecido para lo que necesitara, pero ella no quería abusar. Bastante la ayudaba llevándola cada semana a la capital a hacer compras para la tienda. Era un gran amigo, pero no quería aprovecharse. Ya su abuela le había advertido que tuviera cuidado, pues nunca se sabía qué podían pretender los hombres a cambio de un favor.

—Abi, querida... —la voz de Aitana sobresaltó a la joven que estaba perdida en sus pensamientos—. Abi, pienso que deberías hacerle una visita a Rafael... El doctor fue muy bueno con nosotras, hizo mucho por mí en este tiempo.

Abigail la miró sorprendida. No se le había cruzado por la cabeza esa idea, no había pensado en acercarse a Rafael cuando lo descubrió en el cementerio. Casi no lo conocía, hacía tiempo que no visitaba el pueblo y si Fernando no le hubiera dicho que se trataba de él, no lo habría reconocido. Tan apartado estaba, tan lejos de todo, como si aquella escena le resultara verdaderamente extraña y no tuviera nada que ver con él. Suspiró, no quería verlo; de hecho hasta la avergonzaba pensar en ofrecerle sus respetos a un hombre que parecía tenerlo todo.

—Sé que no lo conocés, pero estoy segura de que es tan bueno y decente como su padre —continuaba Aitana—. Quizás solo una vez, mañana por la mañana podrías acercarte a su casa y...

—Sí, abuela, de acuerdo, no te preocupes —la interrumpió Abigail, mientras se soltaba el cabello y lo peinaba con las manos—. Voy a preparar la cena, ¿Necesitás algo más?

Aitana negó con la cabeza, estaba un poco agitada, pero no quería darle más problemas a su nieta de los que ya tenía con la tienda. Bien sabía que durante los últimos años ella y sus achaques habían significado gastos y problemas para la muchacha. Gracias a Dios había estado el doctor Heredia, que Dios lo tenga en la gloria, murmuró a modo

de plegaría. Sabía que ya no bastaba con rezar por ella así que desde hacía un tiempo empezó a hacerlo también por su nieta, para que no se quedara sola cuando a ella le llegara su momento.

Abigail sonreía mientras cortaba las verduras que pensaba poner a hervir. Afuera la lluvia caía torrencialmente y no podía ver por la ventana más allá del portón que separaba la casita del local de adelante, donde funcionaba la tienda. Por un momento pensó que ese día debería estar triste, pues la pérdida del doctor era demasiado grande y significativa para sus vidas. Pero se consolaba con la idea de que debería estar bien ahora que el dolor había desaparecido. Había sufrido mucho después del infarto en la soledad de la clínica. Ella lo visitó cada día que duró su agonía y escuchaba atentamente lo que Fernando le contaba sobre lo que decían los médicos y lo que pensaba el doctor. Por eso había empezado a pensar que el mayor daño en el corazón de Heredia no provenía del ataque cardíaco sino de la ausencia de su hijo.

La muchacha suspiró y permaneció un momento contemplando el agua que caía sobre los tomates y las hojas de rúcula que acababa de cortar. Fernando le parecía apuesto y era muy amable; siempre se había portado como un caballero con ella y la acompañó mucho en todos aquellos años en que necesitó tanta ayuda para su abuela. Sonrió mientras pensaba en las veces en que la había invitado a salir y en las promesas que le hizo acerca de cuidarlas a las dos. Pero Abigail era tan terca como Aitana (no sabía si también su madre habría sido así de orgullosa), y nunca aceptaba la ayuda que le ofrecían. Si las ventas en la tienda bajaran considerablemente, se pondría a tejer, como lo hizo una vez Aitana en sus mejores años, para vender las prendas en la feria de la plaza del pueblo.

Por un momento se preguntó si Fernando aún consideraría las propuestas que le había hecho y que ella siempre rechazó, pero enseguida sacudió ese pensamiento de su cabecita llena de problemas y volvió a concentrarse en la cena. Puso agua a calentar en

una cacerola grande y metió todo dentro. Mientras esperaba a que hirviera, empezó a condimentar el pollo que había comprado esa mañana en el pueblo.

La casa estaba en completo silencio. Solo se escuchaba el ruido de las gotas de lluvia sobre el techo. No quería prender la radio ni la televisión por respeto al doctor Heredia. Escuchaba atentamente el hervor del agua mientras el tintineo del cuchillo sobre la tabla de cortar la distraía rítmicamente de aquel día gris y triste en que acababa de despedir al hombre más bueno que había conocido.

Oyó toser a su abuela repetidas veces y eso la hizo volverse para ir a ver si estaba bien. Enseguida se calmaba y a los pocos minutos volvía a comenzar, por lo que Abigail se daba cuenta de que estaba disimulando para no molestarla.

El invierno estaba siendo muy crudo ese año, cada vez eran más fríos, y Abigail siempre vivía con el temor de que sería el último de su abuela, aunque afortunadamente Aitana era una mujer fuerte y no se doblegaba ante nada. Pero ya no estaba el doctor Heredia... La muchacha suspiró. Tenía que ir pronto al hospital y hacer una cita con un nuevo doctor, no podía perder tiempo. Ella estaba a cargo y era la única responsable de la salud de su abuela. No estaba dispuesta a permitir que algo le ocurriera, no quería quedarse sola. Ya era suficiente con el abandono de su madre, no dejaría que su abuela la abandonara también.

* * *

Rafael no durmió bien esa noche. No podía dejar de pensar en el testamento de su padre y en el encargo que le había hecho. Todavía no daba crédito a lo que le pedía. Él, que solo deseaba arreglar sus asuntos en Santa Rosa y regresar a Buenos Aires cuanto antes, ahora se veía obligado a permanecer allí más tiempo. Mientras intentaba dormir un poco y asimilar lo que había hablado con el abogado de

su padre esa mañana, pensaba que no demoraría demasiado en hacer lo que se esperaba de él. Al día siguiente, apenas se levantara, llamaría a Fernando para que lo acompañara a conocer a las protegidas de su padre, después iría a ver al letrado que había hecho todos los encargos legales y le dejaría todo escrito y firmado para que él se hiciera cargo del resto de los asuntos. En cuanto pudiera, se marcharía de aquel pueblo solitario y perdido para continuar con su vida.

Cerró los ojos y trató de dormir, pero estaba inquieto. Había dejado varios casos sin resolver en Buenos Aires. El viaje a Córdoba, repentino e inesperado, no le dio tiempo para dejar indicaciones a sus socios y eso lo preocupaba; no le gustaba tener trabajo pendiente ni delegar sus asuntos. Por un momento sacudió esos pensamientos y se volvió de lado buscando despejarse. Mañana sería otro día y cuando analizara las cosas con más tranquilidad, podría decidir mejor.

Afuera la noche estaba fría y oscura. Desde la cama Rafael solo podía oír la tormenta. Todavía estaba molesto con su padre por dejarle semejante obligación. Respiró hondo y llevó un brazo detrás de la cabeza. No quería responsabilidades y menos en ese pueblo. Su vida estaba en Buenos Aires, tenía planes, compromisos, no quería ni le interesaba nada más. Solo le importaba el porvenir, por eso lo agobiaba la cuestión del testamento. La última voluntad de su padre era como un ancla que lo hundía en el pasado.

* * *

Abigail tampoco durmió esa noche. Su abuela había tosido mucho. Se levantó para verla, pero Aitana parecía dormir cuando ella se acercaba. Abigail sufría por ella, la tristeza le oprimía el pecho, algo en su corazón podía saber lo que padecía; hasta le parecía sentir los mismos dolores. Adoraba a Aitana, había hecho tanto de mamá como de abuela, y no quería verla enferma, pero ya no sabía qué más hacer. Lloraba cada noche en la cama, pues solo debía tomar

la medicina que le había recetado el doctor Heredia dos veces al día, por la mañana y por la noche, y ella no quería abusar.

Cuando abrió los ojos y descubrió el resplandor del amanecer en su ventana, todavía estaba cansada, pero un vistazo al exterior le indicó que ya era hora de levantarse. Se sentó en la cama. Volvió a mirar hacia afuera y descubrió que había dejado de llover, aunque todavía estaba oscuro.

Miró el reloj, apenas las seis de la mañana, y suspiró. No sabía qué hacer, todavía tenía el resto del día libre y no quería desperdiciarlo en lamentaciones. Había decidido que se tomaría un día más de luto por la memoria del doctor Heredia, pero no quería pasárselo en la cama. Se levantó sin perder más tiempo y se metió en el baño para darse una ducha tranquila antes de que su abuela se despertara y tuviera que prepararle el desayuno.

Mientras dejaba que el agua cayera por su cuerpo, aprovecharía el día para lavar algo de ropa, aunque hiciera frío, luego pasaría por la tienda para acomodar alguna mercadería y por la tarde iría, si estaba de ánimo, a visitar al hijo del doctor Heredia. Verdaderamente no tenía ganas de hacerlo, pero se lo había pedido su abuela y tenía razón, se lo debía al doctor. No conocía demasiado a Rafael, no sabía qué pensaría de ella ni qué sentía en ese momento por la muerte de su padre, pero no podía dejar de ir a verlo, darle el pésame y agradecerle en nombre de su abuela y en el suyo propio lo que su padre había hecho por ellas.

Salió de la ducha cubierta por una abrigada bata blanca y con una toalla sobre el cabello. Apenas entró en la cocina, una corriente de aire frío la hizo estremecer. Se cubrió tanto como pudo y miró a su alrededor. Había dejado algo abierta la ventana que estaba detrás de la mesada; se acercó a cerrarla y enseguida prendió la cocina para poner el agua a calentar. Después fue a prender la estufa del salón. Era una mañana muy fría, pero aun así esperaba que su abuela se levantara a desayunar con ella. Le gustaba verla bien y sentarse con ella

en el comedor. No quería que se quedara en la cama, sufriendo por aquella eterna pulmonía que no terminaba de abandonar su cuerpo.

—¿Abi, estás levantada? —la llamó la mujer, y un espasmo la interrumpió—. Hace demasiado frío acá esta mañana. ¿Por qué no prendés la estufa en el comedor? Vení a ayudarme que me voy a levantar.

—Ya voy, abuela. Quedate ahí un momento, que recién la prendí —le respondió ella, acomodando los almohadones en el sillón para que su abuela se sentara.

Después de abrigar bien a su abuela, acomodarla en el sillón y cubrirla con una frazada de lana para que no pasara frío, le sirvió una taza de té, que estaba casi hirviendo, con unos bizcochos que había comprado el día anterior, a su regreso del funeral. Ella también se sentó a tomar algo caliente, pero no perdió demasiado tiempo. Enseguida llevó su taza a la cocina para ponerse a limpiar, mientras Aitana la observaba. La mujer suspiró con la taza en la mano, su nieta se veía cansada y un poco triste. En momento como ese deseaba no ser una carga para ella, pero también la apenaba pensar en lo sola que se quedaría cuando ella no estuviera allí. Aunque no quería reconocerlo, a veces maldecía a su propia hija por haberse marchado como lo hizo. No tuvo ninguna consideración hacia Abigail, que creció sin el cariño de una madre.

Abigail entró al comedor secándose las manos con el delantal y miró a su abuela.

—Abuela, tengo que ir a la tienda a acomodar unas cosas. Estaré adelante, ¿te quedás acá o te llevo a la cama?

La mujer negó con la cabeza.

—Está bien acá, alcanzame mi tejido, así me entretengo mientras te espero —le dijo, con una sonrisa. Abigail le sonrió y fue a buscar la labor al dormitorio.

—Enseguida vuelvo y me siento a tejer con vos, abuela —le dijo, cuando regresó.

Salió sin decir más y un momento después Aitana escuchó el ruido de la puerta de la cocina que se cerraba con fuerza.

* * *

Abigail estaba detrás del mostrador de la tienda revisando el inventario para saber cuándo debía ir a la ciudad a hacer una nueva compra, cuando escuchó que golpeaban con fuerza la persiana. Suspiró, no esperaba a nadie ese día y además había puesto un cartel avisando que la tienda estaría cerrada hasta el día siguiente por duelo. Sacudió la cabeza y decidió ignorar el llamado. Estaba tomando notas sobre los precios y las cosas que debía comprar, cuando volvieron a llamar, esta vez golpeando las manos. Se envolvió con el chal de lana y se cubrió el cuello con la bufanda que le había hecho su abuela hacía ya muchos años. Salió a la calle.

Primero se asomó apenas por la puerta del pasillo que llevaba a su casa, pero no vio a nadie, por lo que tuvo que abrir del todo y salir. La calle estaba desierta. Solo cuando giró descubrió al hombre que contemplaba la persiana de la tienda con expresión de fastidio.

Abigail se acercó por detrás, puesto que el hombre estaba de espaldas y sonrió.

—Disculpe, señor, la tienda está cerrada por duelo, recién mañana volveré a abrir.

Él se volvió enseguida. Entonces lo reconoció, era Rafael que la miró por un momento con extrañeza.

—No, no necesito comprar nada, señorita —dijo, llevándose las manos a los bolsillos. Dejó escapar un suspiro mientras bajaba la vista para contemplar a la muchacha que tenía enfrente—. Estoy buscando la casa de Aitana Medina. Esta es la dirección que me dieron.

Abigail entrecerró los ojos mientras trataba de dilucidar por qué el hijo del doctor Heredia buscaba a su abuela.

—No te equivocás, Rafael, es mi abuela —respondió ella, llevándose una mano a la cabeza para acomodarse un mechón de cabello detrás de la oreja.

A Rafael no pasó por alto que ella lo había tuteado y alzó las cejas sorprendido. Observó cada uno de sus movimientos, ese gesto de acomodarse el cabello la hizo ver añorada. De hecho, le pareció que la muchacha no llegaba a los veinte años. El cabello rojo fue lo que más llamó su atención, le caía desordenado por los hombros, lo que le daba un aspecto casi rebelde.

La muchacha se envolvió en el enorme chal que parecía cubrirla de pies a cabeza y a él le pareció horrible porque su cuerpo se notaba demasiado pequeño y frágil debajo de tanta ropa. El rostro, blanquísimo y salpicado por una considerable cantidad de pecas, tenía forma de corazón. Sus ojos parecían dos enormes zafiros que no dejaban de escudriñarlo y tenía una pequeña y delicada nariz sobre unos labios finos, tentadores y diminutos, que apenas abría para hablar.

—Lo siento, ¿se te ofrece algo? —indagó ella, al darse cuenta de que él se había quedado callado demasiado tiempo. El modo en que la miraba la puso nerviosa. Por un momento, le pareció que podía adivinar lo que estaba pensando y se sintió mal. Bajó la cabeza y se miró las zapatillas para evitar confrontar su mirada—. Yo te conozco, sos el hijo del doctor Heredia. Te vi algunas veces en el pueblo, y ayer en el funeral... —agregó, más que nada para romper aquel silencio incómodo—. Lamento lo de tu padre, era un gran hombre.

Rafael esbozó apenas una sonrisa y agradeció por lo bajo. Intentó decir algo pero tuvo que carraspear con fuerza para que le saliera la voz.

—Señorita... Yo... —No sabía cómo seguir, porque realmente no estaba seguro de para qué había ido hasta allí, además la confianza que enseguida parecía haber entablado ella lo hacía sentir aún más incómodo—. Mi amigo Fernando me dio esta dirección.

Abigail sonrió.

—¿Querés pasar un momento? Esta es la tienda, pero mi casa está atrás y mi abuela se encuentra ahí, si querías hablar con ella... —propuso. Estaba intrigada, no se imaginaba por qué estaba allí ese hombre.

Rafael respiró profundo. La muchacha que tenía frente a sí era apenas una niña y por un momento se sintió apenado por lo que había estado pensando de su padre la noche anterior.

—Me gustaría hablar con ustedes —declaró—. Sobre... Sobre mi padre.

—¡Ah! Yo pensaba visitarte esta tarde —se apresuró a decir Abigail—. Siento mucho lo de tu padre, era muy bueno con nosotras y fue un excelente médico. Atendía a mi abuela. Pasá, por favor, pasá.

Abigail empezó a caminar y Rafael la siguió con algo de desconfianza, aunque había algo en ella que le gustaba. La joven se sentía incómoda en presencia de ese hombre que la miraba de forma rara, por lo que se cubrió lo más que pudo con el chal y apuró el paso para llegar a la casa.

Rafael no pudo evitar cierta desazón cuando descubrió la vivienda humilde donde la muchacha vivía con su abuela. Era una casita de material que, aunque pequeña, se veía acogedora. Las paredes estaban un poco desgastadas y se notaba que le hacía falta una mano de pintura, pero cuando entró la calidez de la estufa lo inundó y ya no sintió frío.

—Pasá, por favor... A mí abuela le gustará verte, estoy segura. Ella siempre habla de vos, dice que te conocía muy bien. Está en el comedor —lo invitó Abigail—. Y por favor, quitate ese abrigo tan pesado que te podés enfermar, acá está calentito. ¿Querés tomar algo?

Rafael estaba a punto de negar con la cabeza; en realidad, había deseado que fuera una visita corta para conocer a la dos mujeres, ponerlas al tanto de la carta de su padre y avisarles que todo quedaría en manos del doctor Carranza, pero ahora que estaba allí no quiso ser descortés y se volvió a la muchacha que lo miraba expectante.

—Sí, gracias. Lo que prepares para vos estará bien —logró decir.

—Bueno, pondré agua a calentar y prepararé más té, así mi abuela también toma algo caliente.

Rafael se encontró sentado con una taza de té humeante, frente a dos mujeres que lo miraban con compasión. Se sentía algo incómodo en esa sala tan femenina, rodeado de labores de tejido y costura, frente a una mujer de alrededor de setenta años que lo miraba por encima de los anteojos, mientras tejía algo parecido a una manta.

—Siento mucho lo de tu padre, Rafael —le dijo Aitana, tratando de romper el hielo que parecía ondear en la habitación—. Era un médico estupendo y, sobre todo, un hombre bueno —al terminar la frase, un fuerte espasmo hizo que Rafael se inclinara hacia ella para ayudarla.

La mujer le hizo una seña con las manos y lo obligó a volver a su lugar.

—Gracias, señora. Yo siento no haber podido llegar antes...

—¿Vas a quedarte por acá o volverás a irte? —le preguntó Aitana.

Ante esa pregunta tan indiscreta, Rafael deseó marcharse de allí en ese mismo momento. Era demasiado celoso de su intimidad y no le gustaba que nadie se entrometiera en su vida. Esta mujer no tenía ningún derecho a preguntarle eso. Pero respiró hondo y la miró a los ojos.

—En Buenos Aires está mi trabajo, mis clientes, mi... mi vida —logró decir.

—Entiendo —murmuró Aitana, para quien no había mejor lugar donde vivir la vida que Santa Rosa, pero se guardó de decirlo.

Siguió un momento de silencio largo e incómodo, por lo que Rafael se apresuró a decir algo.

—Tienen una tienda.

Aitana asintió.

—Abigail la lleva adelante —comentó—. Yo lo hacía en mis buenos años, luego ella me ayudaba, pero ahora los achaques no me dejan casi levantarme de la cama.

Otro acceso de tos la interrumpió. Fue evidente para Rafael que la mujer no estaba nada bien de salud.

Abigail entró justo antes de que pudiera decir algo. Había ido hasta la cocina por un plato de galletitas para convidar a Rafael. En ese preciso momento él se dio cuenta de que casi no había comido desde el funeral.

—Es una tienda de antigüedades y recuerdos —se apresuró a decir Abigail sonriendo—. La abrió mi abuela y entre las dos la manejamos durante mucho tiempo, pero ahora ella ya no puede trabajar, aunque a veces no lo entienda.

Cuando giró para ver a la joven que acababa de hablar, no pudo evitar sonreír. De nuevo se le fueron las ganas de marcharse. Esa muchachita lo intrigaba demasiado y a cada minuto que pasaba se encontraba queriendo saber más sobre ella.

—Abi es una gran administradora y Fernando también la ayuda mucho cuando la acompaña a la capital a comprar mercaderías —dijo Aitana.

Rafael pensó en su amigo. Fernando nunca le había hablado sobre Abigail y eso que hablaban mucho por teléfono y se comunicaban por Facebook.

—No lo sabía —declaró.

Coronó la frase con un suspiro que Abigail interpretó como una señal de fastidio. Su abuela estaba hablando demasiado y le decía cosas que a él no tenían por qué interesarle.

Le ofreció más té y le dedicó una sonrisa como pidiéndole comprensión.

—Gracias —murmuró él, mientras aguardaba a que le sirviera—. Tienen una hermosa casa —agregó, mirando a su alrededor.

—Gracias. Quizás si te quedás unos días puedas conocer la tienda y llevarte algún recuerdo —le dijo ella, antes de darse cuenta de que lo estaba invitando a volver. Enseguida bajó la cabeza y se dispuso a servir más té para su abuela y ella misma y así evitar la mirada de Rafael.

—Quizás puedas comprar un regalo para... ¿Estás casado, Rafael? —preguntó Aitana, de nuevo con total falta de discreción.

Él negó con la cabeza al tiempo que dejaba escapar un nuevo suspiro.

—Aún no —respondió y volvió a concentrarse en el té que tenía en las manos—. Seguro, volveré uno de estos días —se apresuró a agregar—. Cerraste por mi padre y yo te lo agradezco mucho —alcanzó a decir, mientras se llevaba la taza a los labios.

Abigail bajó la cabeza para tomar a su vez de la taza que tenía en las manos.

—¡Oh! Sí, no creo que debas marcharte tan pronto —se apresuró a decir Aitana, que observaba a uno y a otro con evidente sorpresa, pues había notado un cambio apenas perceptible en el comportamiento de su nieta, que normalmente era más retraída cuando trataba con extraños—. Digo, es que el viaje desde Buenos Aires es largo.

—Sí, es muy largo, señora —le respondió Rafael volviéndose hacia la mujer—. Aunque esta vez vine en avión. Lógicamente, tenía que llegar a tiempo para el funeral.

Guardó silencio un momento y se incorporó hasta alcanzar el plato de galletitas.

—¿Puedo? Permiso, es que casi no comí desde que llegué al pueblo —dijo.

—Por favor —declaró Abigail, acercándole más el plato—. Puedo imaginarme cómo te sentís.

“¿Por qué dije eso?”, pensó la joven, y cuando vio la mirada interrogativa que le dirigió él, se arrepintió de haber hablado.

Rafael la observó con detenimiento, la muchacha parecía algo incómoda allí frente a él, pero se preocupaba por ser amable. Quizás quería consolarlo por la pérdida que había sufrido. Sacudió esa idea y trató de volver a concentrarse en la misión que lo había llevado hasta allí.

—Eh... —empezó a decir y enseguida reparó en que ambas mujeres se volvían hacia él al mismo tiempo—. Se preguntarán para qué vine a verlas.

—¿Fernando te pidió que vinieras? —le preguntó Aitana, mientras se inclinaba para dejar la pequeña tacita sobre la mesa.

—¿Fernando? —inquirió Rafael moviendo la cabeza—. No, no... Fernando no sabe nada.

—Es que Fernando está siempre muy pendiente de nosotras —le dijo Abigail—. Entonces ¿qué es lo que te trajo hasta aquí?

—Mi padre me dejó una carta con algunas indicaciones sobre sus asuntos —logró decir, pensando bien cada palabra.

Abigail lo miró intrigada. Puso las tazas en la bandeja y cuando hizo el movimiento de ponerse de pie, Rafael la detuvo.

—Por favor, no te vayas —le dijo y ella lo miró a los ojos. Esos ojos tan grandes y cristalinos que parecieron asustarse de su actitud—. Esperá, mi padre dejó algo para ustedes —indicó.

Aitana lo miró con curiosidad.

—¿Qué pudo dejar tu papá para nosotras? Solo éramos dos clientas más de aquí, del pueblo.

Rafael se movió para sacar de su bolsillo la carta doblada que había llevado consigo. No había pensado en enseñárselas, pero al menos leería frente a ellas los párrafos en que las mencionaba.

Mientras escuchaba, Abigail bajó la cabeza apenada. El doctor había sido tan bueno que pensó en el bienestar de las dos para cuando él no estuviera.

—¿Tu padre te pidió que nos dejes la casa donde vivías? —logró decir, con los ojos cargados de lágrimas, todavía sin entender.

Rafael suspiró y asintió.

—Fue él quien les dejó la casa y no es mi casa, era suya. Yo ya tengo mi casa en Buenos Aires —respondió.

Aitana, que había guardado silencio desde que Rafael comenzara a leer, ahora lo miró a los ojos y movió la cabeza.

—Quisimos mucho a tu padre —dijo—, pero esto no es necesario, Rafael. Podés disponer de tu casa como desees, es tuya y no nos corresponde a nosotras...

—No es mi casa, ya les dije —repitió Rafael, un poco molesto—. Yo venderé el consultorio y voy a donar los aparatos médicos al hospital del valle. No los necesito, no me sirven y seguro serán de utilidad para la gente de aquí, pero la casa es otro tema, y el doctor Carranza, el abogado de mi padre, tiene todo listo para hacer los trámites correspondientes.

Abigail asintió, aunque no podía decir nada. El hombre que estaba frente a ella solo había ido allí para cumplir un pedido de su padre. No sabía por qué, pero algo de eso le molestó. En ese momento no podía pensar en nada. Bajó la cabeza y llevó la bandeja a la cocina para alejarse de la mirada del hombre que tan nerviosa la ponía.

—Abi, querida... —dijo Aitana.,

La joven ni siquiera la escuchó y salió de la sala sin volverse ni una vez. Rafael la miró y le hizo una seña a Aitana para que se quedara sentada.

—Voy por ella, no se preocupe —dijo, incorporándose—. Y creo que será mejor que me vaya. Fue un placer conocerla, Aitana. Gracias por todo, aunque seguramente nos volveremos a ver antes de que me marche de nuevo a Buenos Aires.

—Gracias, Rafael —dijo Aitana, que lo vio entrar a la cocina y por un momento pensó en que quizás su nieta se sentía un poco cohibida por la presencia de ese hombre imponente en la sala de su casa.

—Tu abuela te estaba llamando —dejó escapar Rafael, apoyado en la puerta, con los brazos cruzados, mientras observaba a Abigail que estaba de espaldas sobre la piletta de la cocina lavando las tazas—. Siento mucho lo que pasó, no quise ser tan brusco al decirlo, pero es lo que dejó indicado mi padre.

Abigail guardó silencio un momento y luego habló, todavía de espaldas a él.

—No es tu culpa —aseguró—. Tu padre atendía a mi abuela, pero jamás creí que hiciera eso por nosotras... No es lo que buscábamos, te lo juro.

Se volvió y lo enfrentó con la mirada.

—Yo... No pensé nada de eso, de verdad. Pero realmente no conocía del todo a mi padre —confesó Rafael—. Aunque sé que debió quererlas mucho y él sabía que yo no me quedaría y...

—No necesitamos tu casa —declaró Abigail—. Acá estamos bien y la tienda rinde lo suficiente, nada más necesitamos.

Rafael miró en dirección a la sala de estar.

—Tu abuela está enferma —observó. Guardó silencio un momento esperando que ella dijera algo, y como no lo hacía, se acercó un poco más—. Me gustaría conocer tu tienda, quizás sí deba volver, podré comprar algún recuerdo para llevar a Buenos Aires —agregó, mirando por la ventana, en dirección al patio cubierto de agua que apenas dejaba ver la fachada trasera de la tienda.

—Por supuesto, cuando gustes —le dijo Abigail con frialdad. Suspiró, molesta. La verdad era que ya quería que se marchara de su casa y las dejara solas.

—Ya me despedí de tu abuela, creo que será mejor que me marche por ahora. Mañana hablaré con el doctor Carranza y...

—Rafael, no insistas con eso, por favor —imploró ella, al tiempo que le dirigía una mirada profunda.

—Tengo que hacerlo —replicó él—. No puedo dejar las cosas así, mi padre... Era lo que él quería.

—De acuerdo, entonces hablaremos con el doctor Carranza —convino Abigail. Ella conocía al abogado del pueblo. Lo había visto muchas veces en la tienda y siempre la saludaba cuando se encontraban en el consultorio del doctor. Ahora entendía por qué se lo había cruzado tantas veces cuando iba a llevar a su abuela a una consulta.

—Hasta pronto, entonces —dijo Rafael, que se cerró el abrigo hasta el cuello y pasó por su lado sin decir nada. Abigail entendió la señal y lo siguió para abrirle el portón.

Había empezado a llover de nuevo, pero el agua no parecía molestarles a ninguno de los dos.

—Adiós, Rafael —alcanzó a decir.

—Fue un placer, Abigail —le dijo él, volviéndose en la entrada de la casa para saludarla, pero cuando quiso despedirse con un beso en la mejilla, ella corrió la cara y se miró las zapatillas.

En ese momento Abigail solo quería entrar a su casa y pensar tranquila en lo que iba a hacer. No quería que ese hombre se metiera en su vida con aquellos planteos legales. Ella nada quería del doctor Heredia, lo único que necesitaba para su abuela y ella misma era su tienda, su trabajo y vivir en la paz y tranquilidad que siempre disfrutaron en el pueblo.

Rafael empezó a caminar y se alejó despacio, de regreso a la casa de su padre, por esa calle desierta que ya empezaba a llenarse de agua.